

## LOS ZORRITOS

Pipin se ríe del trozo de madera, el polvo se eleva en el aire y parpadea en un solo rayo de sol. Pip suspira y mira críticamente su creación. El escarabajo que está tallando será probablemente otro juguete para el Pequeño, su hermanito. El pequeño zorro levanta la cabeza para buscar a su hermana gemela. Pipina está sentada cerca con su amiga Nita y las dos están jugando a un juego con guijarros. Cuando se da cuenta de que la mira, sonríe radiante. Señala los guijarros interrogativamente, pero Pipina lo niega con un movimiento de cabeza. Saborea la luz del sol, que da un brillo dorado a las brillantes coletas de su hermana.

A primera vista, no se parecen en nada, ya que Pipi tiene el pelo rubio claro y Pip es pelirrojo. Sus caracteres también son diferentes. Pipi prefiere hacer algo todo el tiempo, él mismo elegiría antes tomar el sol que construir un refugio. Pero tienen algo en ellos, que todo el mundo reconoce inmediatamente como hermanos. Tal vez el hecho de que sean tan diferentes de otros zorritos.

La primavera tardía ya ha florecido con todo el verdor y el aroma del sol. Los túneles del asentamiento están salpicados de hojas y los ciruelos de los alrededores zumban con enjambres de abejas. El invierno parece un recuerdo lejano y, sin embargo, todo empezó entonces -recuerda Pip pensativo.



- ¿Qué haces, hermano? - pregunta Pipina. Su hermano levanta los ojos y la mira desde debajo de una mata de pelo rojo. La hermana acaba de volver del huerto. Está embarrada y sudada. Sus coletas están cubiertas de polvo y la cinta azul de su cola se ha desatado.

- Estoy planeando un juguete de madera para la pequeña. - Pipin muestra a su gemelo su creación. El zorrito de madera tenía una pata más larga y la otra más corta, además le faltan los bigotes y la cola, pero Pipin piensa que está muy bien.

- ¡Tienes un don para esto Pip! Ya lo sé, un trozo de cuerda será lo adecuado para la cola. - Pipina alaba a su hermano e inmediatamente sale corriendo a rebuscar en la cesta de su mamá. En un momento están todos tratando de encontrar la longitud adecuada para la cola y colocando divertidos peinados en la cabeza de la figurita.

- ¡Ven a cenar! - grita desde la mesa donde pone bolas de gachas sazonadas con relleno de carne. Este es el plato favorito de su tribu. Mamá procede de la tribu de los pequeños zorros, que tiene una larga tradición y diversas costumbres. Las amapolas y los kilims de su dote cuelgan por toda la casa. Pero para Pipin y Pipina esto es algo común. No frecuentan las casas de otros zorritos, ya que viven lejos de los asentamientos de nadie.

Mamá se sienta con cuidado sujetándose al taburete con una mano y acariciando su vientre pensativamente con la otra. Los gemelos sienten una inmensa curiosidad por saber cómo será el quinto miembro de su familia, y más aún por saber cuándo podrán jugar con él.

- Mamá, ¡mira lo que ha hecho Pip esta vez! - me dice mi hermana mostrando una figurita de madera sobre la mesa.

- Es una escultura muy lograda, cada vez lo haces mejor. - elogió mamá masticando un bocado de bola de avena. En el fondo, Pipin se enorgullece, pero desde fuera sólo se le ve asentir con la cabeza en señal de agradecimiento por el cumplido. Así es él, pero se toma muy a pecho las palabras de su mamá porque ésta nunca las engaña y siempre dice lo que realmente piensa. Pipina también lo sabe y sonríe.

- Mamá, ¿cuándo estará el zorrito?

- Pronto. Ya ha crecido mucho, ¿verdad? - Mamá le da unas suaves palmaditas en la barriga.

Pipi y Pip se miran con incertidumbre. Ninguno de los dos cabría ahí dentro, por lo que el pequeño zorro será efectivamente "Pequeño". Ya están acostumbrados a llamarlo así. Mamá les asegura que ellos también eran así, y debe ser verdad, pero de alguna manera es difícil de creer.

Pipina y él sólo ven a sus compañeros accidentalmente, durante la feria anual en verano o cuando el rastro de zorritos errantes pasa cerca de su casa. Al parecer, también tienen algunos primos del lado de papá, lejos, en las montañas, pero papá es reacio a hablar de su familia, y mucho menos a visitarlos. Pip y Pipina sólo se tienen el uno al otro, y aunque no son hermanos completamente compatibles (¿pues qué hermanos son siempre compatibles?) la presencia del otro es completamente suficiente para ellos.

La puerta de la casa se cierra de golpe y papá aparece por fin. Aspira el olor de la cena con cariño y su bigote se mueve con satisfacción.

- Hola - le saluda papá y se produce un coro de saludos.

- Siéntate Sorel, he puesto compota caliente en el fuego, te calentarás un poco.

Afuera está fresco, ya que estamos en pleno otoño. Papá acepta agradecido la taza de compota. Es otra de las especialidades de mamá. Una compota hecha de frutas secas y hierbas, con raíces picantes. Es dulce y cálida.

Pipina la engulle y se dispone a levantarse de la mesa.

- Pipi, espera que quiero decirte algo.

Han estado escuchando con oídos curiosos.

- He conocido a Nomsa con su familia. - Empieza papá. Nomsa y su mujer, su abuelo y sus dos hijos mayores viven en los alrededores. Esto significa que hay que pasar un par de horas andando para visitarlos. Sin embargo, son los más cercanos. Todos son amigos de la familia de Nomsa y se visitan siempre que se presenta la oportunidad.

- Nomsa dice que sus hijos quieren ir al sur, a la fortaleza.

La cuchara de mamá se acercó a la mitad de su hocico.

- ¿Van a cubrir una distancia tan grande ellos solos? Después de todo, sólo tienen un viejo ratón de tiro, que ya no sirve para montar a caballo.

Papá asiente con seriedad.

- Por eso van a tomar el Tabor del Norte todos juntos.

Se hace el silencio. Cada uno digiere esta información a su manera. Finalmente, papá continúa.

- El Tabor estará probablemente en nuestra región dentro de unos días, porque el invierno está en camino. Es más seguro viajar juntos, y siempre se puede ir en el carro.

- ¿Cómo han convencido al abuelo? se pregunta mamá.

- Dicen que al abuelo se le ocurrió a él mismo. - Papá sonrió. - Dijo que no enviaría a sus nietos solos, sabiendo que no darían ni una señal de vida.

- Son unos zorritos crecidos - sonríe mamá y añade al cabo de un rato - No me gusta la Fortaleza.

Pip y Pipina se miran de acuerdo. La fortaleza, que está a muchos días de distancia, es el centro más grande y cercano de los zorritos. Viven allí en un pequeño espacio en edificios de arcilla apilados unos encima de otros. A mamá no le molestan las multitudes, sólo las condiciones de hacinamiento y las paredes. Por lo visto, ella estuvo allí una vez cuando era un zorrito y otra vez cuando era un poco más mayor.

- De todos modos, a Nomsa le preocupa que Gugu no pueda soportar un viaje tan largo. No quieren cansarlo, así que nos lo dejarán a nosotros.

El humor agrio al oír que los vecinos se van es sustituido por una alegría espontánea. Gugu, el ratón del tren, es un animal simpático y tranquilo que siempre llama la atención en las visitas.

- Papá, tienes que construir un establo para Gugu. - Pip apunta - Te ayudaré.

- Recogeré la ropa de cama - sugiere el pequeño zorro. Pipina se alegra de tener una excusa para ir al estanque, donde crecen juncos secos.

- Coged las chaquetas - advierte mamá con dificultad para levantarse de la mesa.

Los preparativos para la fiesta de Gugu están muy ocupados. Pipin y su padre pasan tres días construyendo el establo. Probablemente tardarían menos si Pipi estuviera dispuesto a ayudar, pero después de recoger un montón de heno, se pierde durante horas buscando un nuevo lugar interesante en el bosque. Papá quema varillas en el fuego y lanza comentarios mordaces al aire.

- No puedo creer que la haya vuelto a hacer. ¿Se has dado cuenta de que siempre que se necesita ayuda en la casa mi única hija desaparece más rápido que un golpe de rabo? Por supuesto, si quisiéramos tener aún más hierba en la casa, ella sería el primer zorro en ofrecerse. ¿Se puede saber por qué Pipin está recogiendo todas estas malas hierbas?

Pipin se despeina como siempre cuando está avergonzado. Pipina recoge diferentes plantas porque le gustan y eso le parece una explicación suficiente, pero papá no parece entenderlo del todo.

Cuando pasan unos días más, el Tabor del Norte se detiene junto a un estanque que se seca en esta época del año. Nomsa y sus hijos acuerdan condiciones para unirse a los viajeros, y

mamá intercambia unos tarros de conservas: por pieles y agujas de hueso. Los zorritos del tabor adoran a mamá, pues siempre acude a ellos y juega junto al fuego. Pero ahora Mamá está preocupada por el Pequeño, así que los zorritos viajeros vienen a visitarla a casa. Toda la familia de Nomsa trae al ratón Gugu y se despide. Todos se emocionan, porque no se verán pronto, sólo cuando alguna necesidad impulse a una familia hacia la otra. Papá quiere devolver el precioso regalo de un ratón de tren, pero la mujer de Nomsa niega con la cabeza.

- Probablemente Gugu se lo comerá en exceso más que ayudarlo.

Pipin y Pipina ayudan a su madre a preparar una cena de despedida. Todo el mundo está invitado, así que Pipin y su padre preparan una mesa provisional, que ponen fuera. No hay forma de que tal grupo quepa bajo el techo cuando apenas hay espacio para cuatro zorritos en la casa. Mamá, envuelta en una manta, sorbe caldo caliente y suspira.

- Es una lástima que rara vez tengamos la oportunidad de una celebración tan fastuosa.

- Es difícil hacer una fiesta fastuosa en este bosque Lir-min. - Nomsa se ríe frotándose el bigote mojado. - Llevamos tantos años viviendo aquí que he olvidado lo divertido que es estar en un grupo grande.

La diversión dura tanto que los zorros más jóvenes se quedan dormidos acurrucados en los carros. Pipina se duerme con la cabeza sobre la mesa escuchando las historias de los zorritos del Tabor del Norte, y Pipin no dura mucho más. Le despierta el estruendo de los carros que se alejan.

- ¿Ya ha terminado? - pregunta somnoliento, y su madre le ofrece crema de cacahuete de su plato.

-Sí, todo el mundo se pone en camino mañana. Pronto llegará el invierno. Tienen que darse prisa para no quedarse atrapados en los ventisqueros.

El invierno se acerca muy rápido.

Los días cortos hacen que Pip se levante aún más tarde de lo habitual. Siempre duerme demasiado, según su hermana, pero en invierno se transforma en un auténtico dormilón. Pipina, por el contrario. Se mueve con avidez en los ventisqueros y es incansable cuando se trata de hacer una torre de nieve.

Su casa está completamente escondida en un ventisquero, así que Pipi hace un tobogán desde el tejado. Gugu también duerme durante mucho tiempo y luego tiene hambre, así que Pipina le lleva golosinas y he no encontrado bajo la nieve. Papá está preocupado por si habrá suficientes provisiones para todo el invierno, así que decide buscar algo más comestible en el bosque. Pipina quiere ir con él, porque papá estará fuera unos días y a los zorritos les encantaría participar en una expedición así. Pero los padres no están de acuerdo. Y papá explica:

- Me llevo a Gugu conmigo, me ayudará a tirar del trineo. Tú y tu hermano tenéis que cuidar de mamá. ¿Y si está demasiado débil para arreglárselas sola? El pequeño puede venir al mundo pronto.

Los hermanos se comprometen a vigilar a mamá y a ayudar en la casa. Al final, el padre desaparece detrás de una colina, sin saber que ha dado en el clavo con sus palabras.

Al día siguiente, la madre se siente muy mal. No se levanta de la cama para nada y, aunque es muy valiente, es evidente que el Pequeño ya no cabe en su estómago.

Pipina está preocupada.

- ¿Es normal? ¿Quizá mamá está enferma? ¿Tal vez deba ir a buscar a papá y traerlo de vuelta?

Mamá niega con la cabeza y le tiende la mano a su hija.

- Estaré bien, pequeña. Es peligroso ir a algún sitio sola, sobre todo cuando hace tanto frío fuera.

- Bebe esto. - Pipin le aconseja que le dé a su madre un té de hierbas.

Dos días son terribles. Mamá tiene un dolor insoportable y las dos pequeñas leis hacen todo lo posible para aliviarla. Tienen que traer leña para la cocina, llevar almohadas a la escarcha, amasar harina, limpiar el establo de los ratones, lavar las camisas o incluso apuntalar el tejado, que está lleno de nieve. Al tercer día, mamá se siente mejor y se ha hartado de estar de brazos cruzados. Cocina una deliciosa sopa con verduras secas, lo que hace que todos se sientan mucho mejor, ya que Pip sólo cocina gachas y siempre las quema un poco, haciéndolas amargas. Al cuarto día, papá vuelve por fin. Gugu arrastra un trineo cargado de diversos manjares del bosque. El lagarto que ha cazado es el más grande entre los demás manjares. Papá lo lleva al ahumadero. Llega justo a tiempo, porque las nubes pesadas están trayendo más nieve. Se acerca una ventisca y la madre se pone de parto.

El bebé nace en medio de la noche más oscura del invierno, entre los aullidos del vendaval y el crujido de la nieve en polvo. El pequeño tiene la cabeza grande, los ojos aún cerrados y las patas más pequeñas que se puedan imaginar en una leona.

El invierno dura lo suficiente como para que todos noten dos cosas. En primer lugar, la casa es terriblemente estrecha. La cuna para el Pequeño ocupa gran parte de la cocina. La casa es tan estrecha que Pipi aprovecha cualquier oportunidad para salir al exterior. Y dos, puede querer mucho a su familia y estar harto de ella al mismo tiempo. A Pipina también le encanta el espacio y la nieve. Le gusta deslizarse por el hielo y lanzar bolas de nieve al blanco. Sin embargo, no puede quedarse mucho tiempo fuera, porque hay una helada muy grande y al cabo de un tiempo a los zorritos se les congelan las patas. No llevan zapatos, porque incluso en invierno se les da muy bien andar descalzos, pero a la larga se enfrían igualmente.

Pip se esconde en un rincón y se dedica a planchar trozos de madera. Mamá lo mira con preocupación, soplando su flequillo rojo. Sus manos están siempre ocupadas mientras sostiene al Pequeño, ya sea remendando algo o moliendo en el mortero. Pip ya ha hecho veinte tenedores de madera, cada uno decorado de forma diferente, dieciséis cucharas, cuatro cuencos, dos pipas para papá y un montón de pequeños juguetes de madera, desde bloques hasta figuritas. Por un lado, está mejorando en el tallado. La decimosexta cuchara ya tiene la forma completa de una cuchara, y una de las pipas papá la utilizó dos veces antes de romperla. Lir-min está orgullosa de su hijo, pero preocupada porque Pipin habla aún menos de lo habitual, no quiere salir a la calle con él y parece un poco triste.

Papá garabatea algunos diseños en carboncillo. Mamá supone que son muebles, pero papá no tiene talento para dibujar ni para la carpintería. Si la mesa de la cocina se mantiene erguida,

es sólo porque Pip ayudó con ella. De todos modos, los muebles tienen las patas muy cortas, así que todos se sientan en taburetes muy bajos o en cojines.

Los días que está despejado fuera, papá limpia el pelaje de Gugu, mira en el ahumadero y baja una carga de broza, de modo que pronto la montaña de ramas llega hasta la chimenea.

- Sorel - dice mamá una vez, cuando papá cuelga los kilims bordados en la pared. Ahora mismo, en un arrebató de inspiración, los sacudía del polvo y los aireaba en la helada.

- ¿No crees que ya todos andamos por las paredes? Si los Noms estuvieran todavía por aquí, al menos iríamos a visitarlos.

Papá suspira y mira con tristeza a mamá.

- Sabes, Lir-min, los echo de menos. Quizá no nos veíamos a menudo, pero al menos sabías que había un zorrito amistoso cerca.

Mamá asiente y ya sabe que están pensando lo mismo.

- El pequeño crecerá rápidamente. - añade, acariciando la cabeza de su hijo.

Papá no dice nada más, pero mira pensativo alrededor de la casa.

La casa tiene dos habitaciones: un dormitorio, donde duermen todos, y una cocina, que es el salón. A lo largo de los años, se han acumulado aquí muchas cosas. Las paredes están cubiertas en su mayoría por kilims. Las ollas y los platos están en armarios y alacenas. Las cacerolas, los cucharones y las sartenes cuelgan de un poste y algunos están escondidos en una celda. La familia no utiliza camas normales. Todas las noches sacan ropa de cama enrollada del almacén. Así, durante el día hay espacio para sentarse en cualquier sitio. La cocina, la chimenea y la mesa de la cocina ocupan mucho espacio. Y al mismo tiempo, los baúles, las cajas y los armarios del piso se llenan con las baratijas personales de los cuatro. Incluso las hierbas y la carne seca y ahumada cuelgan del techo.

También el sótano está lleno de herramientas y de todo lo que no cabía en la casa de campo. También hay una gran bodega que hace las veces de despensa. Hay montañas de conservas encerradas en ollas de barro, sacos de grano, harina, grañones, barriles con setas en escabeche, raíces, ajos silvestres. Apenas hay espacio para un pequeño zorro en el pasillo.

Cuando papá y mamá construyeron esta casa, pensaron que este espacio sería suficiente para ellos. Ninguno de los dos lo conocía bien. Papá era de las montañas y es el mayor de ocho hermanos; en su tierra natal los zorritos viven muy a menudo en cuevas. Mamá creció como hija única en una tribu nómada del norte, donde viven en tiendas de campaña. De todos modos, construir una casa en el bosque fue un gran logro.

Una tarde de invierno, cuando la familia se reúne alrededor de la mesa, papá anuncia solemnemente:

- Vamos a movernos.

Las cucharas se detienen en su camino a la boca. Pipin mira a su hermana, Pipin, a mamá, mamá a Pequeño, ante lo cual Pequeño se ríe alegremente y balbucea, aunque no parece entender mucho.

- Sorel, ¿dónde crees que podríamos vivir? - Mamá gira la cabeza con una sonrisa y dobla las patas de forma muy típica. Es obvio que ella estaba pensando lo mismo, pero finge estar sorprendida.

Papá le acaricia el pelo claro de tal manera que su cabello, que normalmente sobresale en todas las direcciones, parece hacerlo ahora con más entusiasmo.

- Tenemos que pensar en esto", dice finalmente papá, esperando claramente que la familia lo haga por él. Aunque a veces tiene ideas muy interesantes, no le gusta decidir las él mismo.

- Podríamos tener nuestra propia habitación", empieza Pipin con cautela y mira significativamente a su hermana gemela, que mueve las orejas en señal de acuerdo.

- Podríamos", asiente Pipin. - Y una habitación para Pequeño cuando ya no sea pequeño.

- Podríamos tener espacio suficiente para invitar a gente. - Mamá da una palmada.

- ¿Qué invitados? - Todos se interesan, y el Pequeño tira de mamá por la falda.

- Los interesantes, por supuesto. Haremos que los aburridos frieguen los platos y desbrocen el jardín - todos estallan en carcajadas ante esto, aunque nunca se sabe si mamá habla en serio sobre estas cosas.

La idea de la mudanza se extiende por la casa como el primer rayo de sol de la primavera. Aparentemente a hurtadillas, aparentemente nada... Pero lo único que está en la mente de todos es la mudanza. Cada uno a su manera digiere el tema.

- Ya sé lo que vamos a hacer - dijo finalmente papá. - Visitaremos a mi primo. Tal vez esté dispuesto a mudarse al asentamiento.

Mamá lo pensó. Viven lejos de cualquier otro zorrillo, porque estaba más o menos a mitad de camino entre las ciudades natales de ambos. Ellos mismos construyeron la madriguera y los gemelos crecieron aquí. La casa guarda además muchos más recuerdos. Es una casa muy estrecha.

- Esto podría ser algo. Buena suerte, querida, te llevaré algunas provisiones para el camino.

A papá se le cayó el bigote al darse cuenta de que tenía que ir solo en el reconocimiento, lo que sería más rápido y conveniente. Los demás aceptaron empacar todo lo necesario. Pipina vuelve a tener muchas ganas de ir con papá y ver otras partes del Bosque, pero hay que ayudar a mamá y al hermano.

Papá deja esta vez a Gugu y el trineo. Pipina observa con interés cómo se pone las dos largas tablas en los pies.

- ¿Qué pasa, papá? ¿Vas a caminar con eso? No es muy cómodo, ¿verdad? - pregunta el zorrillo.

- Son esquís, cariño. Te enseñaré a montarlos.

Papá se abrocha las últimas correas y, apoyándose en dos bastones, se sube torpemente al tejado de la casa. Con las dos tablas en los pies, tiene un aspecto tan gracioso que Pipi sonríe. Papá no es muy hábil, siempre se rompe algo, le cae en el pie o en la cabeza, porque es descuidado y torpe.

Cuando ya está en la cima se coloca delante y empujando ligeramente se desliza hacia abajo.

Pipina se frota los ojos. Con un eslalon ordenado, evitando la esquina del establo y un montón de madera, el padre se detiene junto a su hija. Con un brusco giro de sus esquís levanta una nube de polvo de nieve. Pipna cierra su boca abierta con la pata.

- Esto... esto es... Papá, tú... Has estado increíble.

Papá la mira con diversión y resentimiento al mismo tiempo.

- Es triste que le sorprenda tanto esto.

Mamá sale al frente de la casa con el Pequeño envuelto en una manta como un capullo.

- Ten cuidado -y le da un codazo con la nariz para despedirse.

Papá sólo lleva una mochila ligera con provisiones y una manta. Se despide de los niños y, empujando los bastones, desaparece de su vista más rápido que si hubiera corrido.

- ¿Llegará papá hoy? Es tan rápido", pregunta Pipi con asombro.

- Oh no, cariño, no creo que sea posible. El pueblo al que fue papá está más cerca de las montañas. Tardará algún tiempo.

Mientras papá está fuera, intentan ordenar las posesiones. Revisan todos los objetos acumulados en la casa y hacen un increíble descubrimiento. Pipin anota las cosas que se necesitan y las que no. Quedó así:

*cosas necesarias - casi todo,*

*innecesarias - ninguna.*

- No podemos llevarnos todo. Ningún trineo puede llevarlo todo. - Mamá sonríe y se muerde el pulgar.

- Podemos tirar cada uno de un trineo. - sugiere Pip.

- Haz uno para mí para que sea seguro poner al pequeño en él. - pregunta a mamá sobre el montón de accesorios de costura que intenta meter en una caja más pequeña.

En pocos días, consiguen dividir sus propios artículos para que los más queridos y necesarios quepan en el trineo. Pipin y Pipi están muy emocionados. Por fin, una tarde, papá vuelve. Y no viene solo.

La alta leona que llega con papá tiene el pelo oscuro y va montada en un joven ratón de tiro. Mamá, obviamente, reconoce a la desconocida y se alegra mucho.

- Es la prima Arel. Hola Arel, ha pasado mucho tiempo.

- Me alegro de verte, Lir-min. - responde el primo Arel ya desde lejos agitando la pata. - Veo que ya tienes un buen grupo de niños.

- Sí, estos son nuestros pequeños -el padre estalla de orgullo-. - Niños, estos son mi primo y vuestro casi tío.



El primo Arel no se parece en nada a papá, pero da una muy buena impresión. Invita a todos a unas frutas confitadas y presenta a un ayudante para la mudanza. El segundo ratón de tren es un poco más pequeño que Gugu, pero parece igual de tranquilo y curioso. Olfatea a sus hermanos, que se acercan para acariciarla.

- Pensamos que Gugu no debería tirar de una carga demasiado grande él solo. En el pueblo tienen una granja de ratones y han accedido a prestarnos este. - Explica papá.

Los gemelos se sienten intimidados. Pero Pequeño está tan interesado en su tío que estira las patas hacia él y chilla contento. Hace tiempo que Pequeño abrió los ojos y el zorrillo mira el mundo desde los hombros de mamá emocionado y curioso.

El primo Arel nunca ha estado por estos lares. La última vez que vio a su padre fue poco después de conocer a mamá.

El día siguiente se dedica a los últimos preparativos tras el viaje. Papá y el primo Arel necesitan recuperarse del largo viaje. Hablan del pueblo y de los zorritos que lo habitan.

- No es un asentamiento grande, pero tenemos bastante terreno alrededor. Algunos trabajamos, como puedes adivinar, en la cría de ratones, otros trabajan en el campo, hay un grupo de zorritos cazadores, somos bastantes. Realmente es el fin del mundo aquí con ustedes. - dice el primo Arel.

- El pueblo está densamente edificado, pero hemos encontrado un lugar en las afueras que debería gustarte. - Papá está muy entusiasmado, pero no quiere revelar nada más, dice que es una sorpresa.

Pip y Pipina escuchan todo con la boca abierta. Se dice que el pueblo está en un claro rodeado de un bosque de abedules y pinos. Un arroyo fluye en las cercanías, y una carretera muy transitada se dirige un poco hacia el sur. Pero entonces los gemelos se dan cuenta de algo. Cuando se trasladen se encontrarán con tantos zorros pequeños como nunca han visto antes y les da un poco de miedo. Más tarde, cuando deberían estar durmiendo, Pip sacude a su hermana por el hombro.

- ¿Tienes miedo? - le pregunta en un susurro. Pipina lo niega con un silencioso murmullo, pero le tiembla la oreja. Esta es la mejor señal de que está mintiendo. Agarra la mano de su hermano para tranquilizarla y así se quedan dormidos.

El día del viaje comenzó helado y soleado. Las nubes solitarias sólo ocultan el sol de vez en cuando. Ya han hecho las maletas, pero toda la familia ha decidido hacer algo de limpieza. Es imposible llevarlo todo. Se barre y aspira todo. Los equipos viejos se quedan en el sótano. Los muebles, incluida la vieja mesa de comedor, la cocina donde los gemelos dormían como zorros pequeños, incluso los barriles de la bodega, todo se queda. Mamá piensa que si hay algún zorro pequeño extraviado en la zona, siempre puede utilizar esta madriguera. Así seguirá siendo útil. Si Nomsa y su familia vuelven al antiguo lugar, se decepcionarán al encontrar la casa vacía, así que papá deja un mapa con el asentamiento marcado. Así quedará claro dónde están los anteriores propietarios de la casa.

La última mirada al visón es excepcionalmente larga. Pipina tira de la nariz, viendo los caminos familiares que solía recorrer por el bosque. Ahora todo está bajo la nieve, pero pronto todo se derretirá y surgirán nuevos brotes del suelo. Es difícil desprenderse de la casa.

Pero el primo Arel le apremia. El camino aún es largo y, al fin y al cabo, los seis nos moveremos más despacio. Gugu y Riz- el ratón del pueblo que le acompaña, tiran del trineo alegremente. El Pequeño traquetea con fuerza desde la altura del trineo repleto. La nieve en polvo se escapa por debajo de los patines. El pequeño estira las patas hacia las chispas heladas que se arremolinan en el aire. Pip se queda mirando las huellas que han dejado su padre y su tío. Siente que el pelaje de su espalda se vuelve blanco no por el frío sino por la emoción. Mientras planeaban dentro de las paredes familiares de su propia casa de campo todo parecía sencillo. Ahora que van a un lugar completamente extraño Pip tiene miedo. Sabe que su hermana siente lo mismo. ¿Se supone que deben hacerse amigos de los otros zorros pequeños? ¿Pero cómo?

El viaje no es fácil, pero se desarrolla sin problemas. El primo Arel lee bien las huellas de los animales. No hay temor de que se crucen inadvertidamente con un zorro o una marta. Las paradas son cortas y los hermanos pronto se sienten cansados. Es bueno que al menos los días sean cortos y puedan dormir todo el cansancio. Para pasar una noche tranquila, padre y tío cavan un agujero en la nieve. Allí, cubiertos con mantas, se quedan dormidos más rápido de lo que se cree. La mañana los despierta para el viaje. Al tercer día, sopla un fuerte viento, por lo que se desplazan con mayor dificultad. Incluso el Pequeño empieza a quejarse. Le resulta difícil permanecer sentado en el trineo todo el tiempo. Pip y Pipina, en cambio, tienen mucho. Les duelen las patas por el esfuerzo, el frío les endurece el pelaje y el trineo, que al principio era ligero, parece ahora el doble de pesado, como si alguien hubiera añadido equipaje a escondidas.

Llegan a la aldea a la cuarta mañana. Antes de poder ver el pueblo, tienen que subir una colina. Pip y Pipina están al final de la colina y se han cansado de todo el viaje. Incluso Pipi, que estaba más ansioso por el viaje en sí, ahora sueña con una taza de compota caliente y un rincón cálido, tranquilo y seco donde dormir. Suben a la cima de la última colina y jadean con fuerza, dejando salir bocanadas de vapor por la boca.

- ¡M-mira! - Pipina señala hacia abajo con su pata, así que Pip levanta la cabeza para ver de qué está hablando.

Debajo de ellos hay un asentamiento cubierto de nieve. Un montón de casitas deben estar escondidas bajo la nieve, porque un bosque de chimeneas emerge de ella. El pueblo es redondo y está muy extendido. Desde este punto de vista, los gemelos pueden ver una multitud de leonas que revolotean entre las casas. Las leonas se suben a los tejados, recorren túneles en la nieve, para emerger una y otra vez en la gran plaza del centro del pueblo. Los lisionki gritan, ríen, hablan. Papá, mamá y el tío están casi en el pueblo. Papá agita la pata y llama a los niños.

- ¿Sabéis qué? ¿Por qué no vamos en trineo? Os juro que ya no puedo dar un paso sola. - dice Pipina, sentándose en su trineo. Pip sólo duda un momento. Dos suspiros después, ambos se lanzan cuesta abajo.

- ¡Aaaah! Ah! - gritan exultantes, pero enseguida les sobreviene el horror. "¡Cómo aguantar ahora!", piensa Pip. Pasan por delante de sus padres y siguen esquiando directamente hacia el montón de nieve que cubre el pueblo. Pipina salta del trineo y rueda por la nieve con todo su ímpetu, pero Pip se ha agarrado a las mochilas con todas sus fuerzas y con un estruendo aterrizando en el montón de nieve. Mamá, papá y el tío corren a ayudar. Afortunadamente, no ha

pasado nada. La nieve amortiguó la caída, pero el trineo no llegó por poco a la pared de la casa oculta tras la nieve. Era muy peligroso. Pip sale a duras penas de la nieve. Tose, resopla y se sacude la nieve de detrás de la camisa. El trineo está atascado, hace falta que papá lo saque. El trineo de Pipina está al lado. Un estruendo convoca al preocupado dueño de casa. Un alto zorro pequeño sale corriendo de la cabaña.

- ¡Hola Mork! - Arel levanta una pata tranquilizadora, pero el forastero ya está llamando a su familia y a sus vecinos. La noticia de la llegada de los nuevos zorros pequeños de las profundidades del bosque recorre el pueblo como un pájaro en un instante. Antes de que los gemelos consigan recoger los paquetes dispersos, aparece media aldea. Los zorros pequeños saludan a su primo Arel y dan la bienvenida a sus padres. El Pequeño atrae la atención de las zorras pequeñas, porque es lindo y esponjoso, y chilla alegremente y se deja acariciar y hablar. Pip y Pipina se sienten intimidados. Se sienten tontos, porque aunque el accidente no ha causado ningún daño, todos comentan el agujero. Pip tiene ganas de derrumbarse en la nieve y esperar a que todos se vayan. Pero no hay suerte. Las zorras pequeñas del asentamiento son sociables y abiertas. Conducen a toda la familia por los túneles de los caminos del pueblo. En verano, las hierbas se trenzan sobre los senderos para que formen un dosel que los proteja del sol y la lluvia. Ahora el sol atraviesa la capa de nieve que cubre toda la estructura. Les conducen al centro del pueblo, a una gran plaza donde están reunidos todos. La plaza está descubierta y sobre ella se ve un cielo brillante. De una de las cabañas periféricas, justo al lado de la plaza, sale una mujer lisionera. Tiene el pelo gris recogido en una coleta y lleva un cinturón de herramientas.

- Es la jefa de nuestra aldea. - explica el primo Arel.

- Hola, soy Linue. - se presenta la líder de la aldea con voz baja y firme.

Los padres inclinan la cabeza en señal de saludo y luego estrechan la mano de la líder de la aldea.

- Deben estar cansados de su viaje, por favor descansen si necesitan algo, esta es mi casa. - La líder de la aldea parece estar ocupada y se marcha. Pero la multitud no disminuye en absoluto. Todo el mundo habla con los padres, se intercambian apretones de manos, todos se presentan y añaden algo de sí mismos.

- Mi madre es una gran bordadora", dice una joven zorra pequeña.

- Ven a buscar un poco de pescado ahumado", dice la leona de pelo corto dando una palmadita en el hombro a su padre.

- Estaremos encantados de enseñarte el lugar -asegura el otro.

La madre está claramente contenta. En su tribu creció entre muchos zorros pequeños y debe haber echado de menos un grupo tan amistoso.

- Aquí, en esta plaza, nos reunimos en varias ocasiones. En esa choza está el panadero, allí, el sastre junto al herrero, y esa casa alta de allí es la biblioteca.

- ¿Qué es una biblioteca? - pregunta Pip tímidamente.

- Es un lugar donde los zorros pequeños recogen los conocimientos escritos durante generaciones. - explica el primo Arel. Venid con nosotros, podréis comer algo caliente.

Los ratones son acompañados a los establos y los carros se quedan en la plaza, podrán volver a por ellos más tarde. La casa de los Arel está en el fondo del pueblo. En el umbral de su casa encuentran una zorra pequeña adulta con un chal y guantes de cocina.

- Esta es Sappi, mi mujer. - Dice el primo Arel.

- Bienvenidos, ya he cocinado las gachas y hervido el agua para el té. Pónganse cómodos.

La tía Sappi es muy amable y cariñosa. Primero sirve el té a todos. Es diferente de la bebida que la madre siempre prepara con hierbas. Pipina pregunta de qué está hecho.

- Esto es té de verdad, querida. El verano pasado tuve algunos recortes y compré una bolsa de té en la feria, mira cariño. - La tía muestra la bolsa llena de hojas secas aromáticas.

- El té es caro. - Comenta mamá. - No lo bebimos, porque los zorros pequeños no tenía mucho.

- Aquí, más cerca de la carretera principal, nos encontramos a menudo con viajeros. Las plantaciones de té no están tan lejos. - La tía responde con una sonrisa. Más tarde sirve gachas humeantes con especias, no, pero sabrosas. El té y las especias calientan el ánimo de los gemelos. Los interesados miran la cabaña. Hay mucho espacio, aunque el tío Arel y la tía Sappi son los únicos que viven aquí. Hay correas trenzadas colgadas en las paredes y la cabaña huele delicadamente a piel de ratón. Cuando se le pregunta por ello, el tío responde

- Sappi trabaja en la cría de ratones. Ella es la que eligió a Riz para tirar del carro. Él es su protegido. Yo también ayudo un poco, pero sobre todo rompo muebles y reparo casas en el pueblo.

Pip y Pipina se enteran entonces de que casi todo el mundo en el asentamiento está ocupado con algún tipo de deber. Los zorros pequeños cazadores proporcionan carne y pieles, y defienden la aldea de los depredadores. Los zorros pequeños pescadores trabajan en el río, los criadores se ocupan de los ratones y otras criaturas domesticadas por los zorros pequeños. Algunos zorros pequeños se ocupan de los campos y las plantaciones, que se encuentran un poco fuera del pueblo. Puedes encargar ropa al sastre, conseguir productos calientes en la panadería por la mañana, el herrero funde el hierro en las herramientas necesarias, el peletero hace varias cosas útiles con el cuero, en fin, todos se ayudan entre sí. Se puede intercambiar por diversos artículos como los zorros pequeños del Tabor del Norte, o comprar algo por bolas de metal, porque el metal es extremadamente valioso y constituye un gran valor en sí mismo.

Después de comer y descansar, los zorros pequeños están impacientes por ver su nuevo hogar. Papá y el primo Arel se guiñan un ojo en señal de acuerdo, lo que parece muy divertido. Pip y Pipi también se guiñan el ojo entre risas y bromas.

Ante el asombro de todos, papá y el primo Arel dan sus pasos fuera del pueblo. Suben a media colina y caminan hacia un grueso y extenso roble. En esta zona, este árbol reina definitivamente, aunque no es ni mucho menos el más alto. Es fornido, viejo y tiene gruesas raíces que sobresalen del suelo. Antes, cuando andaban en trineo, los gemelos ni siquiera miraron en su dirección, pero ahora se preguntan cómo pudieron pasarlo por alto.

- Mira, aquí está la entrada -Papá es invisible desde detrás de las raíces, pero siguiendo su voz encuentran una cavidad en las raíces. Miran dentro. El tronco de dentro está vacío, lleno de mucha podredumbre y hojas, pero si lo limpian, sin duda habrá mucho espacio.

¿Qué te parece? - El primo Arel se apoya con la espalda en el tronco. - Desde aquí se ve bien el pueblo.

- Es...

- ¡Es increíble! - termina la madre con alegría. Si hay alguien más emocionado que los gemelos, es ella. - ¡Cuánto espacio! ¡Incluso se puede perforar y hacer un piso!

Los ojos de Pipina se iluminan, Pip asiente con la cabeza al vuelo comprendiendo su pensamiento. Ambos entran en el interior sombreado. En lo alto, un rayo de sol atraviesa un tronco agrietado. El polvo parpadea en el aire. La madera seca huele muy bien. Pip arranca un trozo y lo prueba con sus patas.

- Puedes tallar muy bien con esto. - dice en tono experto. Pipi escucha con una oreja, subiendo más alto por la madera agrietada.

- Pronto será primavera, si limpiamos este lugar, podremos mudarnos pronto. - dice papá tomando la mano de mamá y luego le explica dónde hacer la cocina, dónde hacer la chimenea, dónde poner las camas de verdad y la gran mesa familiar.

El primo Arel ya ha ofrecido su ayuda para montar los muebles.

Unos días después, la nieve se derrite. Para entonces el baúl había sido vaciado, las paredes raspadas y los huecos pegados. El suelo se había barrido y todo estaba a la espera de que la escarcha amainara. Cuando lo hizo, se niveló el suelo con una mezcla especial de arcilla y se colocaron encima tablas de madera contrachapada recién hechas. Los zorros pequeños de la aldea también ayudaron a montar una cocina decente, que se cubrió con azulejos con dibujos blancos y verdes. Varias baldosas tenían pintados animales del bosque, lo que le gustó mucho a Pipin. Era un regalo de los zorros pequeños de la cerámica. El primer piso, con una magnífica y amplia escalera, servía de desván y almacén. Papá y su primo Arel subieron el gran baúl de mamá no sin dificultad. Pip y Pipina encontraron un gran lugar para su habitación. Al ahuecar el tronco, se descubrió un pasaje a una segunda cámara más pequeña del árbol. Allí no se retiró toda la pulpa leñosa, sino que se dejaron varios peldaños y escaleras anchas. Pipina quiso necesariamente dormir en lo alto, en una repisa creada bajo la pared del fondo, donde hubo que clavar una escalera para que pudiera subir. Pip se tendió en una hamaca hecha con una amplia y fuerte sábana de rayas. La habitación estaba dividida a grandes rasgos por la mitad. Los lugares para las estanterías y los cajones fueron tallados en la madera restante, mientras que una de las paredes de la habitación poligonal, Pip decidió tallar en varios patrones con el tiempo.

Todas estas cosas ya están hechas y mamá está echando a los gemelos del roble.

- Ahora el suelo tiene que secarse y no se puede pisar. hay que esperar antes de empezar a hacer los muebles y bajar todas las cosas. - dice Lir-min, abriendo la puerta de par en par para que el aire ayude a secar la arcilla. - La cocina y el suelo están todavía muy frescos. Hace muy buen tiempo, estás libre. Deberías conocer a los zorros pequeños del pueblo.

Pip y Pipina se miran con caras agrias. No es tan fácil "conocer a unos zorros pequeños". De hecho, no saben en absoluto cómo hacerlo.

- ¿Qué pasa? ¿Te molesta algo? - pregunta mamá con ansiedad. La pequeña saca las patas del cochecito.

- Prefiero ayudarte", dice Pipina con cuidado.

- Mamá, ya hemos visto a los zorros pequeños del asentamiento. - comenta Pip.

- Pero supongo que aún no habéis hecho amistad con nadie - mamá inclina la cabeza con una expresión de hocico de 'este especial'. A Pip le disgusta mucho. Suele significar que tendrá que hacer algo que no le apetece. Mamá sonríe muy bien y con mucha firmeza. Es una sonrisa que dice "no veo ningún problema".

- ¿Es necesario? - tranquiliza Pip mientras intenta no sonreír.

- Hm... Considerándolo más detenidamente... Definitivamente sí, ¡marche! - Mamá sonríe aún más, aparentemente muy satisfecha de sí misma.

Pipina deja escapar un profundo suspiro. Cuando se han alejado lo suficiente de mamá, Pip le dice a su hermana en un susurro:

- Bueno, duro. Vayamos juntas, conozcamos a alguien, demos un paseo por el barrio y volvamos para cenar. Al fin y al cabo, mamá no ha dicho a cuántos zorros pequeños debemos conocer y cómo de bien. Quizás con saludar sea suficiente.

A Pipina no le gusta demasiado que su hermano quiera engañar a mamá. Al mismo tiempo tiene miedo de acercarse a alguien y hablar.

- ¿Tal vez deberíamos visitar al jefe del pueblo? - sugiere zorra pequeña. - Le preguntaremos si necesita ayuda, tal vez esté dispuesta a recibirnos...

- Pero ella ya nos ha saludado. ¿Tienes miedo de ir con desconocidos? - Pipin miró a su hermana.

- No me da miedo en absoluto, es sólo que tal vez, ya que es la líder de la aldea, deberíamos conocerla mejor... - A Pipin le tiembla la oreja, así que está claro que miente.

- No tengas miedo, si quieres, yo hablaré.

Es muy bonito que diga eso, porque a Pipín no le gusta entablar conversación, pero la hermana se enfada porque le ha tocado el punto sensible.

- No, no he dicho que tenga miedo. ¿Por qué insiste? - Por el enfado se queda quieta y aprieta las manos en puños.

- Ya lo veo. Te tiemblan las orejas, no seas tan...

Pipina se agarra las orejas con las patas y frunce el ceño con disgusto. Incluso más que hablar con extraños, odia que alguien la acuse de tener miedo de algo.

- Sí, ¡no tengo miedo! ¿Apostamos? Seré el primero en encontrar un amigo, ¡y sin ayuda! - Pip ya está enfadado también en este punto. La hermana puede ser terriblemente inconstante aunque tenga una apariencia encantadora y una voz tranquila.

- Genial. Entonces puedes arreglártelas por tu cuenta. Te veré en la cena, adiós. - Diciendo eso, gira la cola y camina más suavemente hacia el pueblo.

Pipina ya empieza a arrepentirse de haber discutido con su hermano, pero el orgullo resentido se hace notar. La zorra pequeá se arregla las coletas y la cinta de su cola y se dirige también hacia las casas, pero un poco en una dirección diferente a la de su hermano.

Pip se mete las patas en los bolsillos y marcha contrariado. A diferencia de su hermana, no tiene miedo de hablar con extraños, simplemente no le apetece. No ve la necesidad de hacerse amigo de nadie en absoluto. ¿Por qué mamá cree que es tan importante? Aunque son gemelos, son muy diferentes. A Pipina le gusta pasear por el bosque, aprender cosas nuevas y puede ser muy habladora y activa. A Pip, en cambio, lo que más le gusta es sentarse en una vieja casa junto a la ventana con un trozo de madera, entre el silencio de la nieve que cae y el fuego crepitante de la cocina. A veces se unía a esto el acompañamiento de los cazos y ollas de mamá y la tranquila melodía de su tribu tarareada en voz baja. A Pip no le gusta hablar mucho. Además, para cuando decidió que iba a decir en voz alta lo que había estado pensando, ya le habían surgido nuevos pensamientos.

Ahora, yendo hacia donde sus patas lo llevan, patea un guijarro delante de él y ni siquiera mira a su alrededor. No le interesa pasar junto a las niñas. No le importa que piensen que es un taciturno y un murmurador. Sólo quiere encontrar un lugar tranquilo y quedarse allí. Ni siquiera miró hacia atrás cuando hubo recorrido todo el asentamiento y se encontró en el otro extremo. Aquí, un lisonek de pelo negro se sienta sobre los arroyos de agua de la nieve derretida y monta una extraña construcción de palos y hojas sobre ellos.

- Puedes sostenerme este palo, aún me falta una pata más. - dice el otro inesperadamente sin siquiera girar la cabeza.

Pip mira a su alrededor como esperando que esas palabras se dirijan a alguien más. Pero sólo están ellos dos. Sin quererlo, se acerca y agarra el palo en el lugar indicado.

- Sujétalo así, espera, tengo que atarlo.

Trabajan en silencio durante un rato, hasta que el pelinegro se frota la frente con la pata y mira por primera vez al recién llegado.

- Gracias. ¿Quién es usted? - pregunta con poca educación. Tiene una melena de pelo muy oscuro que sobresale en todas direcciones, las patas embarradas y el pelaje desgastado en las rodillas y los codos. Los ojos marrones brillan bajo la oscura paja con un extraño entusiasmo.

Pip se encoge de hombros.

- Soy Pip. ¿Quién eres tú?

- Oh, seguramente sois los nuevos. '¿Y qué haces aquí, no deberías estar sentado con mamá?

'Ese zorro pequeño es muy maleducado', piensa Pip para sí mismo y se levanta sacudiendo las patas.

- ¿Por qué tienes un pelo tan raro? ¿De dónde eres? - pregunta zorro pequeño también levantándose. Pip se alisa nerviosamente el pelo rojo.

- No tiene nada que ver contigo. Déjame en paz. - Pip se gira y quiere alejarse, pero el desconocido le sigue el ritmo. Pip está disgustado. Ciertamente no tiene ningún deseo de tener nada que ver con una criatura tan grosera y entrometida. "No tengo el menor deseo de hacer amistad con él" -piensa y mira de reojo al hombre que camina a su lado.

- ¿A dónde vas? Sólo hay campos en esa dirección, pero ya no crece nada allí. Eres muy grosero.

- Algo así- dice Pip irritado. - ¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos y me dejas en paz?

- Estoy aburrido. - responde el pelinegro, completamente despreocupado. - Oye, juguemos a la pelota. - sugiere zorro pequeño y tira de Pipin por la manga en una dirección que sólo él conoce. - La pelota debe estar en algún lugar del patio trasero, tenemos que ir a buscarla. Eres tan gruñón como una abuelita, pero no eres viejo, tenemos más o menos la misma edad, ¿no?

Pip pone los ojos en blanco, sorprendido de sí mismo por dejarse arrastrar a algún sitio. Quizá si no se resiste, el zorro pequeño de pelo negro se aburra de él y le dé un respiro. Me pregunto ¿cómo estará Pipina?

Mientras tanto, su hermana pequeña no se decide a entrar en la aldea. Cuanto más se acerca, más pánico se apodera de ella. Se imagina la visión de todos los zorros pequeños sobre ella, lo que la avergüenza enormemente. Y cuando intenta pensar en algo para desconcertar, se queda completamente en blanco. Varios de los zorros pequeños adultos están trabajando para reparar las trenzas tiradas sobre los caminos y en los jardines traseros. Están ocupados en su trabajo y, aunque algunos le han dado a Pipina una pata amable, ella misma es incapaz de abrir su hocico por miedo. Finalmente, camina por el borde del pueblo hasta llegar a un charco todavía cubierto por una fina capa de hielo. Allí se encuentra con un joven zorro pequeño que rompe el hielo en la orilla con un palo. El zorro pequeño tiene el pelo rojo muy corto y lleva unos pantalones anchos de color marrón. Los lisonek no suelen ser pelirrojos, por lo que Pipi adivina que está teñido.

- Hm, hola. - Pipina intenta hablar, pero le sale muy callado y fino. No sabe muy bien si se trata de una o de un zorro pequeño. El o ella le hace girar la cabeza distraídamente.

- ¿Qué quiere? - gruñe sin compasión.

Pipina tartamudea y la respuesta preparada se le atasca en la garganta. Va de un pie a otro y hace girar sus garras. El zorro o zorra pequeña desconocida mira a Pipina expectante, por lo que ella gana heroicamente para producir una aún más silenciosa y chillona:

- ¿Eres un chico o una chica?

El palo aterrizza en el agua con un chapoteo, y una zorra o un zorro pequeño desconocido parece primero desconcertado, y en un momento enfadado.

- ¡Que no lleve coletas y lazos no significa que sea un chico!

- Yo no he dicho nada de eso. - Pipina se hincha aún más y esconde su cola detrás de la espalda.

- ¿Por qué has venido aquí? ¿Te ha enviado alguien? ¿Te ha dicho la tía Anad que vengas?



- ¿Quién es la tía Anad? - se interesó Pipina.

- Es una de mis tías, de las cuales tengo cinco. Y cada una tiene al menos dos hijos. Por supuesto, cada uno es demasiado pequeño para jugar solo y tengo que cuidar de ellos.

- Tengo un hermano pequeño, es muy pequeño. Nació este invierno. - Pipina informa amablemente.

- ¿Uno?

- Dos. Pip tiene mi edad.

- Entonces sé feliz. Un hermanito no es un problema todavía. Tengo al menos cuatro pequeños que cuidar. Por eso estoy sentado aquí.

- ¡Niiiiitaaa! - se oye un grito repentino.

- Oh no! - la zorra pequeña se pone en pie. - Vienen a por mí. Creo que es la tía Tala. Está bien, pero más vale que no me encuentre.

- ¿Por qué no te escondes en el bosque? - sugiere Pipina.

- No puedo ir al bosque sola, porque me pierdo enseguida. - El pelaje de Nita se asusta. - Una vez, cuando me perdí, me buscaron toda la noche.

- Iré contigo. Yo no me pierdo.

Nita no pierde el tiempo. Coge a su nueva amiga de la mano y ambas corren hacia el bosque. Justo a tiempo, porque en cuanto se esconden tras una gruesa rama, la tía Tala aparece junto al estanque. Esperan hasta que la zorra pequeña se haya ido.

- Uf, eso estuvo cerca. - Nita se asoma con cautela por detrás de la rama. Pipina señala la espesura detrás de ella.

- Vayamos más profundo, nadie nos verá allí.

Cerca, encuentran un ancho tocón cuyas raíces forman una maraña que invita a trepar. Pipi cede al impulso y, sin pensarlo mucho, ya está en lo alto del tocón.

- ¿Cómo has llegado hasta ahí? - Nita se sorprende.

- Pues... Así de fácil. ¿Nunca has subido a los árboles?

La zorra pequeña lo niega con un movimiento de cabeza.

- ¿Recuerdas que no se me permite ir sola al bosque? Sólo se me permite ir en compañía de adultos. Por ejemplo, en el festival de las bayas.

- ¿Qué es una fiesta de las bayas?

- ¿No lo sabes? Al fin y al cabo, es la fiesta más importante, más guay y más cariñosa del año para los zorros pequeños. Hacemos un montón de zumo y festejamos hasta tarde. Me gusta

mucho la fiesta de las bayas. - explica Nita mientras intenta subir siguiendo a Pipina. Pipi le da una pata.

- ¿Cómo te llamas?

- Pipina. Pipi.

- Gracias por el rescate. - Nita parece mucho más agradable ahora. No se enfada ni frunce el ceño, ahora parece mucho más una zorra pequeña.

- Lo siento, por lo de antes. Tienes el pelo muy corto. - Explica Pipina.

- Me lo he cortado yo misma. Porque uno de mis primos se ensució las patas con el betún y me agarró el pelo. No podía deshacerme del horrible olor así que me lo corté. Así es más cómodo. ¿Crees que queda mal?

Pipina lo niega con un movimiento de cabeza.

- Te sienta bien, es un bonito color.

El pelo de Nita brilla con un rojo intenso a la luz del sol. Cualquier otro zorro pequeño probablemente se vería ridículo con este peinado, pero Nita se ve interesante. Pipina guarda silencio por un momento y se da cuenta de que su miedo anterior ha desaparecido. - ¿Quieres jugar conmigo en el bosque? - pregunta Nita. - No iremos muy lejos - asegura ella, al ver la vacilación de su amiga.

Pronto se persiguen la una a la otra alrededor del tronco, simulando que es una fortaleza donde tienen que esconderse del halcón. Una vez Nita es un halcón y otra Pipina, y al cabo de un rato las dos son halcones. Observan a los demás zorros pequeños, y luego hacen un cómodo nido en lo alto del tronco. La diversión empieza a ser máxima, porque resulta que jugar en pareja es mucho más interesante y divertido que en solitario. Nita no es tan letárgica como Pipin, a quien sólo le gustaba construir cosas con bloques, y le disgustaba mucho correr y cansarse.

"¿Me pregunto cómo estará?" - piensa Pipina, pero enseguida se olvida de todo el mundo cuando Nita le habla de sus tías y gesticula con tanta fuerza que Pipi no puede evitar reírse.

Pipi mira con ansiedad la pequeña casa que se alza en el límite de la parte occidental del pueblo. Un desconocido de pelo negro le ha traído hasta aquí y ahora se acerca sigilosamente a la ventana donde se encuentra una vieja y destartada pelota. Todo aquí es viejo y está arruinado. El techo de la casa, cubierto de musgo, se dobla bajo su peso. Los soportes y las vigas con las que está construida parecen muy deteriorados. Hay mucha más maleza alrededor que en el centro del pueblo.

- La abuela debe estar dormida -susurra el otro zorro pequeño, saliendo a hurtadillas por debajo de la ventana con una pelota bajo el brazo. - No podemos despertarla, iremos a otro lugar. - le dice a Pipin y lo arrastra de nuevo a algún lugar.

- Oye, si crees que... - Empieza Pipin, molesto consigo mismo por dejarse mandar de esa manera, pero es interrumpido.

- Shh shh! - aquí no. - termina categóricamente, ignorando las protestas de Pip.

Caminan un poco fuera del pueblo hasta llegar a una plaza de tierra compactada. Después de las últimas nieves, aún no ha crecido hierba nueva, sólo quedan alrededor macizos secos de la hierba del año pasado.

- Este es el mejor lugar para jugar, ¡atrapar! - lisonek pateo la pelota hacia Pipin, que no se mueve. La pelota pasa volando y rueda por la hierba. - ¿Qué te pasa? ¿No sabes jugar? - este último parece realmente sorprendido.

- No me interesa jugar al fútbol. Me gustaría ir a casa ahora. - responde Pip entrecerrando los ojos y arrugando la nariz.

- Yo te enseñaré. No es difícil, sólo requiere práctica. Normalmente se juega en tres equipos de al menos dos. Pero dos también pueden hacerlo. No puedes tocar la pelota con las patas o la cola, sólo con la cabeza y las piernas. Sólo puedes estar en tu propio campo y tienes que lanzar la pelota por encima de la cabeza del adversario a tu compañero. Suele haber travesaños suspendidos por encima de las cabezas. También hay una versión de más equipos y entonces puedes formar una alianza con...

- Déjame en paz por fin. - Pip está cada vez más irritado, pero de alguna manera no puede irse, como si algo lo retuviera. Hace tiempo que debería girar la cola, de este zorro pequeño, y sus piernas parecen querer otra cosa, como si estuvieran pegadas al suelo.

- Vamos a jugar muy directo. Apuntaré por encima de su cabeza y trataré de sacar la pelota de su área, y luego a usted. - Pip no entiende cómo este zorro pequeño puede ignorar sus palabras. A su vez, éste lanza limpiamente la pelota varias veces con un pie y luego con el otro, hasta que inesperadamente la pateo por encima de la cabeza de Pip. Pip no quiere moverse, pero sus piernas saltan por sí solas. Sin embargo, la pelota vuela por encima de él y sigue cayendo sobre la hierba.

- Tengo un punto. Ahora tú. - dice su oponente saltando para calentarse.

Pip siente un extraño escozor. La sensación es desagradable, pero en cierto modo excitante. No quiere perder contra este extraño y parlanchín hombre de pelo negro. Intenta lanzar la pelota con los pies de la misma manera que su predecesor. Lo hace con tanta torpeza que tropieza con la pelota y cae magullando dolorosamente la zona de la cola.

- Lo está haciendo mal. Es obvio que nunca has jugado a este juego", dice el hombre sin rodeos. - Intenta lanzarla con un pie.

Pip se enfada porque cree que se están burlando de él. Da un golpe y pateo la pelota con todas sus fuerzas. La pelota vuela hacia un lado, pero el hombre se gira ligeramente y con un elegante salto envía la pelota de vuelta hacia él. La pelota pasa por un pelo por delante de Pipin.

- Ahora no tengo ningún punto, porque la pelota no ha volado por encima de mi cabeza. - explica. - Si vuela hacia ti, tienes que recogerla. Pero recuerda que no debes tocar la pelota con la pata o la cola. - Dice en un tono como si se dirigiera a un pequeño leopardo. Esto es muy molesto.

Pip lo intenta de nuevo. Después de un intento, consigue hacer rebotar la pelota para que no ruede por el suelo sino más arriba. Desgraciadamente, su oponente la bota sin ningún problema y la pelota vuelve a pasar volando por delante de la nariz de Pipin.

- Ya es suficiente. - Pip finalmente se rinde. - Es un juego estúpido y no quiero jugarlo. Adiós, juega solo. - Finalmente decide irse, sorprendiéndose de que sea ahora. Mis piernas se mueven como el alquitrán.

- Quédate quieto. Luego te diré mi nombre. - El hombre de pelo negro se interpone en su camino.

- Ya no me interesa saberlo, vete.

- Te lo diré y luego deberás jugar conmigo. - Dice implacable. - ¡Soy Wink! - dice ella tras él.

Pip no reacciona esta vez. Se arrastra hasta su casa sin mirar atrás. Pipina aún no ha llegado, aunque la cena está casi lista. Mamá, sin embargo, piensa que si Pipina se preocupara por la cena, ya estaría en casa. Así que aparentemente no tiene hambre. Pipina come en silencio y luego sube la colina hasta el roble. Se pone en cuclillas sobre una de las raíces y contempla el cielo del bosque. Pronto oscurecerá. Cerca de allí crece un arbusto con frutos blancos y esponjosos. La mora de la nieve. Pip recuerda el nombre que le dio al arbusto, Pipina. Esta planta sólo tiene frutos al final del invierno y de la primavera. Sin pensarlo mucho, se acerca a la baya de nieve y arranca uno de los frutos. Lo pateo ligeramente y la bola blanca rueda hacia el roble.

Pip se acerca y da una patada al fruto de la baya de la nieve para que se desprenda del tronco. Y luego otra vez, y otra vez. La pelota rebota de lado y no va en la dirección que Pip quiere, pero la leona no se desanima. Patea una y otra vez, y así lo encuentra el crepúsculo.

Esta vez Pipina vuelve primero. Sus ojos brillan y su cola se mueve a diestro y siniestro de la emoción. Les habla a su mamá y a su tía con entusiasmo de su nuevo amigo. Pipina lo escucha en silencio y siente una punzada de celos.

- ¿Has conocido a alguien? - pregunta su hermana con cierta presunción. - Si no lo has hecho, entonces he ganado y tienes una tarea conmigo.

Pip y Pipi siempre apuestan por algo y siempre apuestan por una tarea. Uno puede exigirle algo al otro y el otro siempre tiene que cumplirlo. A veces las tareas atrasadas se quedan en el grande. Para recordar sobre ellos cada uno tiene una bolsa con baratijas no deseadas y cada una significa una tarea. Pipina tiene un botón, una semilla, un guijarro blanco y otro verde brillante en su bolsa. Pip tiene una escama de una piña, un ala de escarabajo y una pequeña pluma. Si la hermana ganara la apuesta ahora estaría a la cabeza y definitivamente tendría más deseos.

- Sí, he conocido a una leona interesante. Se llama Wink y tiene una abuela en las afueras del pueblo. - Responde Pip buscando en algún rincón.

Pipina tiene una mirada extraña, que su hermano lee como llena de sorpresa: "no quieres creer, pero..."

- Hm... mañana vamos a jugar con Nita, ¿quieres conocerla? - Pipi no sabe qué decir, está muy sorprendida. Supongo que a los dos les ha ido mejor de lo que pensaban.

- No, no lo creo. Mañana... mañana vamos a jugar al fútbol con Wink.

Claramente la sorpresa de Pipina aún podía crecer. '¿Pipina jugando al fútbol? Eso es lo que no han visto los abedules delante de la casa'. - piensa Pipi en su espíritu, y todo se refleja en su hocico.

A Pip no le apetece en absoluto jugar a la pelota, pero tampoco quiere conocer nuevas leis ni jugar a los juegos de Pipina. Y sobre todo, no quiere admitir ante su hermana que la tímida Pipina ha ganado claramente la apuesta. Qué importa si conoce a un zorro pequeño de su edad si no se hace amigo de él. Pipi, en cambio, parece encantada con su nuevo conocido.

Pip está de mal humor y se acuesta excepcionalmente temprano. Por la mañana, Pipina se lleva otra sorpresa. Cuando abre los ojos sobre el mundo su hermano ya no está en la cama.

- Pip se levanta incluso antes del amanecer. Lleva consigo un trozo de pan con mermelada y sale a la calle. Estaba claramente apurado, pero dijo que no estaría lejos. - dice mamá mientras arrastra los pies fuera de la casa de su tío.

Pipi también tiene prisa. Han concertado una cita con Nita junto al charco a primera hora de la mañana. Pero no hay ninguna Nita en el charco. Pipi espera a que el sol salga un poco por encima del bosque. Finalmente, decide buscar a una amiga en el pueblo. Nita dice que vive cerca de la plaza, así que Pipi va en esa dirección. Mientras camina, se encuentra con su amiga en las afueras del pueblo. La cara de Nita no es muy buena, pero está claro que mejora cuando ve a Pipina.

- Mis tías se enfadaron conmigo ayer, porque volví tarde y no me encontraron en todo el día. Prometí volver esta tarde y cuidar de mis primos.

- Te ayudaré si quieres. - se ofrece Pipina.

Nita está encantada.

- Vamos al baúl. - anima Pipina y en un momento ambas desaparecen tras los árboles. Ese día pretenden mejorar el tocón y convertirlo en una base. El tocón está parcialmente podrido, pero las raíces siguen firmemente en el suelo. Los leones deciden hacer una madriguera en las raíces del tocón y una torre de vigilancia en la parte superior. A mediodía están cubiertos de tierra y barro, y muy hambrientos.

Caminan juntos hacia la casa de Nita. Pipina se pone rígida ante el umbral, nerviosa e intimidada. Ya conoce un poco a Nita y no le tiene ningún miedo, pero la familia de Nita es otra cosa.

- ¡Oh, mi cola! ¡Qué ceceo tan sucio! Si quieres comer con esas patas tan sucias entonces sácatelo de la cabeza.

- Esta es la tía Anad - dice Nita sobre el cuenco de agua cuando ella y Pipina se están lavando las patas y los hocicos - es un poco asustadiza y todos le hacen caso, pero es muy buena cocinera y a veces cuenta grandes historias.

La tía Anad es redonda y alta. Lleva un pañuelo en la cabeza, por debajo del cual asoma su pelo rubio. Junto a ella hay una anciana menuda que corta hábilmente las hierbas para la sopa.

- Esta es la tía Anesha", continúa Nita en un susurro. - Es la mayor de todas las tías, pero no tiene nietos ni hijos. La tía Tala está probablemente en la segunda habitación con los niños. También están las tías Vehna y Avena, pero probablemente siguen trabajando en el campo.

Pipina se pierde entre todos estos nombres y olvida enseguida quién es quién. Está un poco asustada y nerviosa. ¿Quizás debería volver a casa después de todo?

Pero la tía Anad se precipita a la mesa con los dos zorros pequeños. Inmediatamente un grupo de zorros pequeños más jóvenes entran corriendo en la sala. Pipina pone los ojos en blanco intentando contar a todo el grupo. Pero los zorros corren alrededor de la mesa y por debajo de la mesa, duplicándose y triplicándose ante sus ojos. Las dos tías más pequeñas se echan en brazos y un zorro pequeño se esconde detrás de la falda.

- Tiltá no se esconde, ve que es sólo la amiga de Nita.

Pipina mira a la pequeña Tiltá. ¿La pequeña tiene miedo?

Tiltá esconde su hocico en los pliegues de su falda, pero en un momento mira con curiosidad con un ojo. Pipina lamenta no tener uno de los juguetes que talló su hermano. Saluda a Tiltá con la mano. La pequeña se limita a mirarla.

Mientras tanto, la tía Anad lleva mandónamente a todo el grupo a la mesa, y la tía Tula pone un plato humeante en el centro.

Después de un rato, Pipina come hasta que le tiemblan las orejas. Las tías charlan con Pipina y le preguntan por su antiguo hogar, sus padres y hermanos. Tímida al principio, Pipina se anima cuando ve que las tías son amables y simpáticas.

- Cuando Nita era tan pequeña como Tiltá", dice la tía Tula. - No quería comer ciertas verduras. Entonces la tía Anesha le dijo que si no las comía no le crecería la cola. Nita se asustó tanto que a partir de entonces se lo comió todo.

- No es cierto: la nariz de Nita se pone roja de vergüenza y una ola de escalofríos recorre su pelaje. - Es que la tía Anesha empezó a repartir mermelada de rábano y pepino, así que me gustaron.

Pipina suelta una risita al ver la cara de indignación de su amiga. Nita parece ahora desarmadamente divertida. Entonces siente que alguien la está observando. Se gira y ve a la pequeña Tiltá detrás de ella. Sin embargo, Tiltá no está mirando a Pipi, sino a su cola, en la que siempre lleva atada una cinta azul.

Pipi se lo piensa un momento, luego se quita el lazo y lo ata en la cola de Tiltá. La pequeña está extasiada. Inmediatamente corre hacia una de sus tías para mostrar su regalo.

- ¿No te da pena? - pregunta Nita en voz baja.

Pipina sonríe pícaramente.

- Tengo algunos de esos en casa.

Cuando todos están llenos, Nita propone jugar al escondite. Todos los niños juegan, pero sólo pueden esconderse en la casa y el jardín. Por desgracia, la parte trasera del zorro pequeño está

bastante llena, así que las tías les dejan salir al patio grande para jugar al escondite. Unos cuantos zorros pequeños del barrio se unen al juego, así que con tantas patas dispuestas todos juegan a pescar. Pipina nunca ha jugado a este juego, así que está muy emocionada. Uno de ellos se coloca en el centro de la plaza como el pescador, y el resto pone pañuelos o gorras de colores a su alrededor. Luego, todos caminan alrededor del pescador y cantan la cuenta: "pescador, pescador, ¿qué tienes en tu olla/ pez, pez de agua muda/ ¡dale una a una hoja hambrienta!" y entonces hay que correr hacia el pescador e intentar quitarle la fantasía que es un pez. Y el pescador no te deja correr hasta el fantasma y te grita: "¡una olla con un palo!" Entonces hay que parar y cada uno cuenta cuántos peces ha conseguido pescar. El que menos tenga se convierte en pescador en la siguiente ronda.

Pipina se convirtió en pescador una vez y defendió sus fantasías como un pájaro su nido. Y una vez ganó y tuvo la mayor cantidad de peces. Para el té de la tarde, la panadera -una alegre leonera con un delantal blanco con el hocico y las patas cubiertas de harina- sirvió a todos arándanos calientes, y los ganadores obtuvieron bollos con el mayor relleno. Al final, todos los primos de Nita, incluida Pipina, se van a casa y entonces juegan a un juego más: el botón.

Un botón ensartado en una larga cuerda, que todos sostienen, se mueve de pata en pata, de modo que Nita, que está de pie en el centro, no puede ver dónde está. Todos los integrantes del círculo fingen que se está moviendo algo, por lo que es difícil adivinar si alguien ya ha movido el botón de su pata a la de su vecino o si todavía lo tiene en la suya. Pipina fue la primera en ser Alcantarilla y se quedó mirando las ágiles patas del alegre grupo durante un buen rato. Todos cantan otra cuenta atrás: "¡botón, botón, desaparecido! Busquen el botón, desaparece de su vista, al agujero debajo de la mesa, rodó hacia abajo, no hay botón, el tiempo se escapa rápidamente, la costurera adivina, y el botón juega con ella, no escucha nada y al agujero - ¡hyc! Ante el "hyc" todo el mundo se queda quieto, y Pipina-Sherka intenta adivinar en qué pata se esconde el botón. El juego es muy atractivo y divertido. Las leonas más jóvenes se ríen divertidas mientras Pipina hace caras graciosas tratando de adivinar dónde han escondido el botón los duendes. Finalmente, se hace bastante tarde y Pipina decide volver a casa, aunque sólo era por la mañana.

Mamá la recibe sonriendo. Hoy prepara la cena, porque la tía Sappi ha tenido que quedarse más tiempo en el corral de los ratones. Pronto uno de los ratones de leche dará a luz. Pipina se emociona con ello y mamá suspira con fuerza al pensarlo:

- Me gustaría ver ratoncitos así. - El pequeño balbucea en voz baja, moviendo la cabeza juguetonamente de un lado a otro. - ¿Tú también quieres verlos, pequeño? - le pregunta mamá. - Así que está decidido. Habrá que preguntarle a Sappi cuándo.

Pipina ayuda al tío Arel a sazonar la cena. El tío le enseña qué especias se usan para cada plato y qué olores van juntos. Mamá ha preparado uno de los platos de su tribu. Se trata de unas bolas de masa horneadas muy especiadas y rellenas de verduras y carne. A esto, el tío Arel le pone queso de ratón con mermelada de calabaza. Pipina cuenta cómo ha pasado el día.

Pronto vuelve papá, y cuando las bolas humeantes están ya en la mesa aparece Pipina. Está sudado y parece muy cansado.

- Bienvenido de nuevo. - Mamá sonríe suavemente y Pipina sólo es capaz de murmurar algo inarticulado como respuesta.

- Hola hermanito. ¿Por qué estás tan cansado? - Pipina está rebosante de humor. Normalmente, después de sus viajes al bosque, huele el viento y la basura del bosque. Pero hoy está especialmente habladora. Está ansiosa por compartir sus nuevas experiencias. - ...y cuando le di a Tiltla mi cinta la llevó todo el día y cuando jugamos a pescar no dejó que nadie le quitara la cinta del montón de cosas.

Más tarde, la tía Anad hizo que Tiltla renunciara a su cinta para que fuera demasiado grande para su cola. Y el panadero nos regaló arándanos con mermelada del último festival de las bayas. Me encantaría ver el festival de los arándanos.

- No será hasta el otoño. Pero antes tenemos otras fiestas, así que no te preocupes, cada una es especial a su manera, aunque creo que la que más me gusta es la fiesta de los arándanos. - La tía Sappi dice. - ¿Pipin no pruebas las cuentas de la cocinera?

Así es como mi madre llamaba a este plato cuando todavía era un pequeño zorro.

Pipin mastica la bola caliente sin convicción, con los ojos nublados mirando el nudo de la mesa.

- Están muy ricas, pero no creo que tenga hambre. Gracias por la compota de antes. - Responde Pip saltando del taburete. Se dirige a la salida. - Voy a dar otro paseo, no está lejos de aquí. Volveré pronto.

Pipina mira detrás de su hermano y luego desplaza su mirada interrogante hacia su madre.

- Pipina ha pasado hoy todo el día junto al roble entrenando. A mediodía le he traído compota, porque pensé que tenía mucha sed. - dice mamá.

- Pensé que estaba con su amigo... - Las palabras de Pipina quedaron en el aire. - Ahora vuelvo - zorro pequeño coge dos pelotas más al vuelo y corre detrás de su hermano. Lo alcanza y lo arrastra hombro con hombro. Durante un momento caminan en silencio.

- No hace falta que me sigas, ahora vuelvo.

- ¿Qué pasa? Pareces... No sé. Diferente.

Pip normalmente se sentaba con un trozo de madera después de la cena y tallaba. Tenía una mirada concentrada en su rostro, pero no estaba triste, sólo apagada. A veces sonreía en voz baja, y cuando levantaba la cabeza sonreía a mamá, o saludaba a Pequeña. Ahora Pip parece irritable y deprimido al mismo tiempo.

- No te preocupes. Sólo necesito practicar un poco más. ¿Quieres ver? - dice inesperadamente, y cuando Pipina asiente con inseguridad, la conduce bajo el roble y saca de la hierba un fruto de la baya de la nieve. Con el rabillo del ojo, Pipina ve un montón de frutos descompuestos a su lado, entre la hierba. Pip mira concentrada el tronco y luego da una patada apuntando a la altura de la cabeza del zorro pequeño adulto. La bola de nieve rebota elásticamente y entonces Pip la pateo una y otra vez. Consigue repetir esta maniobra tres veces más y la bola de nieve no toca el suelo ni una sola vez durante este tiempo. Pipi inclina la cabeza en señal de admiración.

- Eres bueno en esto. No sabía que te gustaba jugar a la pelota.



- Yo tampoco. - admite el zorro pequeño pelirrojo. - Si no... Pero aún no es suficiente. Para ganar tengo que ser mejor.

- ¿También vas a practicar mañana?

- Sí - responde Pip con determinación en su voz.

Sabe que su hermana le observa con preocupación. Pip no está en buena forma. En una carrera probablemente perdería frente a su hermana, ya sea en velocidad o en distancia. Siente que le duelen todos los músculos. Incluso el viaje desde la vieja madriguera hasta el pueblo no fue tan agotador.

Se pasó todo el día rebotando bolas de nieve en los troncos. Al principio incluso le costó dar una patada decente. Unas cuantas veces se golpeó dolorosamente los dedos, y dos veces la barrida le hizo perder el equilibrio y caer.

¿Y qué si no juega al fútbol? Nunca le han gustado los deportes, ni los viajes largos al bosque. Tampoco se ha sentido nunca... ¿inferior? No le importaba la opinión de los demás leones, excepto la de su familia. Por otro lado, nunca pasó mucho tiempo con otros zorros pequeños, especialmente de su edad. Tabor sólo los visitaba una o dos veces al año.

Los hijos de Nomsa eran mucho mayores. Pip no tenía ni idea de que pudiéramos preocuparnos tanto por hacer que el otro zorro pequeño pensara bien de él. Quería borrar la sonrisa satisfecha del hocico de aquel. Le demostraría que sólo hacía falta un poco de práctica para ganar.

"¿Cómo se llamaba? Guiño. Creo que era. Le retaré a un duelo y le ganaré en este estúpido juego". - Este pensamiento sigue dando vueltas en su cabeza incluso cuando él y Pipina regresan a la casa del tío Arel y la tía Sappi.

En los días siguientes vuelve a hacer frío. La escarcha blanquea el suelo y la maleza, y papá dice que sólo hará más calor después de esta helada. Pipina visita a Nita, incluso una vez Nita visita a Pipina. Las tías han accedido a que los dos zorros pequeños jueguen junto a su tronco-base, ya que serán dos. Mamá también visita a las tías de Nita y enseguida se hace amiga de la tía Tula, porque tienen una edad parecida y la tía Tula es casi tan simpática como mamá.

Pip entrena junto al roble todos los días. Los tres primeros días son los más difíciles. Pip está molesto porque nada le sale como quiere y le duelen los músculos. Al cuarto día, sin embargo, mejora notablemente, y al quinto día Pipín es capaz de hacer rebotar una bola de nieve varias veces seguidas. Finalmente, decide encontrar a la pelinegra Wink. Sale a última hora de la mañana, permitiéndose dormir bien esta vez, y desayuna sin despreciar el ramo de perejil con el que su madre ha decorado su plato.

Lir-min no reconoce a su hijo, pero no le importa. A veces se limita a susurrar al oído de la pequeña:

- Le has visto comer un huevo y una zanahoria. Increíble. ¿Qué hace ese hermano mayor tuyo? Pregúntale algún día, ¿quieres? Tal vez te lo diga al oído. - Mamá está bromeando, claro, porque el pequeño aún no sabe decir una palabra. Aunque quién sabe esa mamá.

Pip se dirige a la cabaña con el tejado cubierto de musgo donde Wink se llevó la pelota la última vez. No hay nadie alrededor. Sin pensarlo mucho, Pip se asoma al interior por una ventana.

El interior de la cabaña no es muy variado. Hay una mesa con un banco y dos sillas. Una pequeña cocina y una escalera para subir al ático. En la otra habitación se ve la esquina de la cama. Allí Pip nota movimiento.

- "Cuidado, abuela", oye Pip la voz de Wink, que aparece inmediatamente junto a la cama, conduciendo con cuidado el zorro muy pequeño y encorvada. La anciana camina lentamente, apoyándose en su nieto. Wink la sienta en una silla y pone una tetera de agua en la cocina.

Pip agacha la cabeza avergonzado.

- Sabes, Vine, hoy hace tan buen tiempo que me voy a sentar en un banco delante de la casa. - dice la anciana con una agradable voz baja.

- De acuerdo abuela, pero te traeré una manta. Todavía hace bastante frío. - responde Wink y se le oye caminar de una habitación a otra. El silbido de la tetera anuncia que es hora de servir el té, así que Pip se retira prudentemente al camino. No quiere que le pillen espiando. Pip finge que acaba de aparecer en el camino. En ese momento se abre la puerta de la cabaña y en ella aparece Wink guiando a Granny.

Pip se acerca a ellos con paso lento.

- Buenos días. - Saluda primero a la anciana, que asiente con una sonrisa amable. Wink parece sorprendido.

- Oh, hola, creía que no ibas a venir. Abuela, este es Pip. Se ha mudado hace poco. Vamos a jugar a la pelota en el campo, ¿de acuerdo?

- Juega bien. - asiente la leona mayor mientras se sienta con cuidado en el banco.

Wink la envuelve en una manta, le trae un té de hierbas caliente y una almohada

- Gracias, sólo necesito una manta Winciu. Vayan a jugar niños, vengan luego por el pastel. Creo que todavía hay sidra de manzana en la despensa.

Wink coge la pelota y juntos van al campo. Empiezan el juego como antes. Guiño empieza apuntando por encima de la cabeza de su adversario. Pipin falla las dos primeras pelotas, pero luego mejora y consigue hacer algunos lanzamientos muy difíciles.

- ¿No tienes un hermano gemelo? - pregunta Wink con asombro. - ¿Quizá lo cambiasteis y se quedó en casa?

- Tengo una hermana gemela, pero no se parece en nada a mí. - responde Pip, enviando la pelota por encima de la cabeza de Wink, que la hace rebotar.

Al final, Wink gana de todos modos porque es muy bueno, pero Pip no se siente mal en absoluto. Fue muy divertido jugar, sobre todo porque patear la pelota para emparejarse con otro zorro pequeño es mucho más agradable que hacerlo solo contra una pared.

Más tarde se sientan cansados en la hierba viendo cómo el viento ahuyenta las nubes.

Los padres de Wink murieron en una inundación, así que vive con su abuela. La abuela tiene problemas para desplazarse, sobre todo al principio de la primavera. Wink la ayuda todo lo que puede. En primavera, el jefe del pueblo prometió construirles una nueva casa, porque la vieja es demasiado vieja y amenaza con derrumbarse.

- Tu abuela es muy simpática. - dice Pip.

- Está muy bien. Pero me aburría sola. No tenía ningún buen amigo en el pueblo. - suspira pesadamente el pelinegro Wink.

- ¿Cómo es eso? - se pregunta Pipin. - Veo muchos zorros pequeños por todas partes.

Guiño se encoge de hombros, entornando los ojos a la luz del sol.

Más tarde, juegan una ronda más y Pip está cerca de ganar, aunque no está seguro de que su amigo no haya metido la pata en algunos puntos a propósito. Cuando están agotados y cansados, corren de vuelta a la cabaña para tomar sidra de manzana. Y entonces Pipi tiene que salir corriendo a cenar porque de repente se hace tarde.

Pipi corre hasta el umbral de la casa junto con su hermano.

- Hoy hay albóndigas, Pipin está contento.

Durante la cena, mamá le susurra al oído a Pipi:

- Mira qué alegre se ha puesto tu hermano. Parece que no dice nada, pero le brillan los ojos. Algo bueno debe haber ocurrido.

Pipín hace como si no lo oyera, pero sonríe ligeramente.

Supongo que es bueno tener un amigo después de todo.